

Editorial

Se cumplen ochenta años de la liberación y clausura de Auschwitz, símbolo extremo de la violencia política organizada y del proyecto de exterminio que caracterizó al régimen nacionalsocialista. La existencia de los campos de concentración y exterminio durante la Segunda Guerra Mundial constituye uno de los acontecimientos más decisivos para la conciencia moral y política contemporánea. En ellos se puso de manifiesto hasta dónde puede llegar un poder estatal cuando desaparecen los límites jurídicos, se anulan las libertades fundamentales y se transforma a grupos humanos enteros en objetos de persecución y eliminación. La clausura de estos campos no significó únicamente el fin de una maquinaria de muerte; representó también el inicio de un esfuerzo internacional por reconstruir los fundamentos éticos, jurídicos y políticos de la convivencia democrática.

Auschwitz ocupa un lugar singular en esa memoria. Su nombre se ha convertido en referencia universal para pensar la degradación de la dignidad humana y los riesgos inherentes a toda forma de dominación absoluta. Recordar Auschwitz no es un ejercicio meramente conmemorativo. Es una tarea crítica que obliga a examinar las condiciones históricas, sociales e institucionales que hicieron posible la normalización de la violencia y la obediencia ciega.

La reflexión filosófica sobre estos fenómenos dio origen a algunos de los análisis más influyentes del siglo XX. Entre ellos destaca la obra de Hannah Arendt, quien identificó rasgos fundamentales de los regímenes totalitarios, como la movilización permanente de las masas, el papel de la ideología y la destrucción de los espacios de acción política autónoma. Su estudio del totalitarismo continúa siendo una referencia indispensable porque muestra cómo el terror y la propaganda pueden transformar radicalmente las estructuras sociales y las formas de juicio moral. Junto a Arendt, otros autores contribuyeron decisivamente a la comprensión del problema. Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski elaboraron una caracterización institucional del totalitarismo basada en el monopolio del poder político, el control de los medios de comunicación y la utilización sistemática de la coerción. Theodor W. Adorno y Max Horkheimer exploraron las relaciones entre

racionalidad instrumental, cultura de masas y dominación social, mientras que Claude Lefort analizó la naturaleza del poder en las sociedades democráticas y sus diferencias respecto de los regímenes totalitarios. Más recientemente, estudios históricos y sociológicos de autores como Ian Kershaw, Enzo Traverso y Emilio Gentile han ampliado nuestra comprensión de las dinámicas políticas, culturales y simbólicas que favorecen la emergencia de formas extremas de autoritarismo.

Sin embargo, el desafío contemporáneo no consiste únicamente en comprender el totalitarismo del siglo pasado. También exige repensar las nuevas manifestaciones del autoritarismo en un contexto global marcado por la polarización política, la erosión de la confianza institucional, la expansión de la desinformación y el fortalecimiento de liderazgos que cuestionan los principios del pluralismo democrático. Aunque las circunstancias históricas actuales difieren de las que dieron origen a los regímenes totalitarios europeos, persisten tendencias que justifican una vigilancia intelectual constante: la concentración del poder, la deslegitimación de la oposición, el debilitamiento de los contrapesos institucionales y la construcción de discursos que identifican enemigos internos o externos como fundamento de la cohesión política.

Teorizar sobre el autoritarismo sigue siendo, por ello, una tarea urgente. No se trata solamente de clasificar regímenes o describir procesos históricos, sino de comprender los mecanismos mediante los cuales las sociedades pueden habituarse a la restricción de derechos, a la exclusión de determinados grupos y a la reducción de los espacios de deliberación pública. La filosofía conserva aquí una responsabilidad fundamental: ofrecer conceptos críticos para interpretar el presente, cuestionar las formas de dominación y defender las condiciones que hacen posible la libertad política.

Este número de la revista *Protrepis*, se invita a reflexionar sobre Auschwitz no como un episodio concluido y distante, sino como una advertencia permanente. Ochenta años después, la memoria de los campos de concentración continúa interpelándonos porque recuerda que la democracia, los derechos humanos y la dignidad de las personas no son conquistas definitivas. Su preservación depende de la capacidad colectiva para comprender el pasado, examinar críticamente el presente y resistir toda forma de autoritarismo, en cualquier punto geográfico, modalidad y época en que éste se presente. **¶**



Acceso Abierto. Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>